

Jampol-Petzinger, Andrew M., *Deleuze, Kierkegaard and the Ethics of Selfhood*, Edinburgh: Edinburgh University Press, 2022, 175 pp.  
<http://doi.org/10.54354/FEVZ3079>

Rafael García Pavón

Las relaciones entre el pensamiento de Kierkegaard y Deleuze, como bien dice Andrew M. Jampol-Petzinger, ha sido la historia de una mirada oblicua sobre ambos, cuando las lecturas se dejan englobar por las inercias históricas de sus recepciones y estudios críticos, creando la impresión de que son contradictorios: Deleuze con su característico lenguaje creador de neologismos metafísicos, Kierkegaard el escritor de autores pseudónimos que vacila entre la literatura y la teología; Deleuze quien afirma y celebra la alegría de la vida, Kierkegaard con la profundidad silenciosa de la angustia, el sufrimiento y la desesperación; Deleuze, el multiplicador de las subjetividades y de los movimientos aberrantes que no se adhieren a ninguna fe en particular, Kierkegaard el devoto cristiano desde donde la subjetividad se realiza en verdad.

Contradicción que parecería total en cuanto a la concepción del yo, en Deleuze el yo que se disuelve en flujos y mesetas, en Kierkegaard el yo que forja la singularidad de cada individuo. Pero como toda mirada deslumbrada por el brillo de sus enunciaciones, se queda con los destellos de los reflejos y no vislumbra los entretejidos que la sustentan. Como dice Jampol-Petzinger en realidad entre Deleuze y Kierkegaard no solo hay conceptos en común, sino que el pensamiento de Deleuze está minuciosamente ligado a la obra de Kierkegaard, y por otro lado, en Kierkegaard se encuentra de una forma u otra mucho de Deleuze<sup>1</sup>. Para empezar porque tanto Deleuze como Kierkegaard, si bien eran hijos de su tiempo y tenían los contextos históricos y filosóficos propios, siempre fueron contracorriente a las inercias y modas del pensamiento del momento, siguieron el camino que les marcaba su propia vocación y pasión de saber, liberados de los prejuicios preconcebidos, para ir ahí donde los murmullos del ser se escuchan en silencio. Por ello cuando en Francia ser intelectual se identificaba con ser marxista o socialista, Deleuze rescataba a Nietzsche de las oscuridades nacionalsocialistas y lo presentaba como el fundamento de una ética de la generosidad; cuando ser intelectual se identificaba con la transformación de la vida práctica, Deleuze se acercaba a la duración espiritual de Bergson al que se le despreciaba entonces como un místico; y cuando la libertad se aparecía como el arroj

---

<sup>1</sup> Andrew M. Jampol-Petzinger, *Deleuze, Kierkegaard and the Ethics of Selfhood*, Edimburgo: Edinburgh University Press, 2022, p. 1.

ante la nada del mundo, Deleuze le daba las gracias a su maestro Jean Wahl por haberle descubierto el sentido de la fe y la repetición como liberación de la singularidad en Kierkegaard, contra el falso movimiento hegeliano que derivaba en nihilismo.

Si miramos con cuidado notaremos, nos dice Jampol-Petzinger, que Kierkegaard y Deleuze son primos hermanos en varios sentidos. Por un lado, comparten conceptos centrales: primero, ambos son anti-hegelianos, critican del mismo modo al movimiento frustrado de la dialéctica del espíritu absoluto; segundo, el concepto de devenir, repetición, paradoja, diferencia, así como marcadas preocupaciones estéticas y sobre el teatro, son esenciales tanto para la comprensión de la ontología como de la existencia; tercero, su cercanía se vuelve casi indiscernible –lo que evidencia referencias intencionadas– por sus concepciones de la ironía y el humor, el rechazo de ambos a la metafísica de la identidad y la sustancialidad, y el énfasis en lo concreto y la inexorabilidad de la inmanencia de la existencia; y cuarto, y lo más importante, es que es precisamente en su concepción del yo y de la ética en donde su pensamiento se potencia mutuamente, porque ambos no están convencidos ni de la validez de la moralidad racional o de la forma jurídica del juicio moral, abriendo la concepción de una ética del yo como devenir en su propia inmanencia existencial; que requiere del acto de creer como el ámbito de la relación entre el individuo y el mundo. Además de que la presencia textual de Kierkegaard en la obra de Deleuze es constante: desde sus clases acerca del fundamento en 1956-1957, pasando por sus obras mayores como son: *Diferencia y Repetición*, *Mil Mesetas*, *Los libros sobre cine* y *¿Qué es la filosofía?* Desde su concepción de la diferencia, la repetición, al tiempo y el pensamiento, así como una familiaridad con todos sus pseudónimos por lo cual llegará a afirmar que Kierkegaard y Nietzsche crean un nuevo modo de escribir filosofía que llamará *Método de dramatización*.

Andrew Jampol-Petzinger se propone así mostrar este minucioso entretrejo, sobre todo a partir del horizonte de los estudios contemporáneos que han puesto en cuestión la división entre el pensamiento secular y teológico, y han abierto a Kierkegaard al diálogo con las filosofías materialistas e inmanentistas actuales, lo cual considera que aún están por ser exploradas y permiten, mirar sin prejuicios ni abstracciones innecesarias a la espiritualidad inherente del devenir del yo como sí mismo, por lo cual en ambos se evitan los equívocos del individualismo o del colectivismo, así como del sustancialismo o esencialismo y del relativismo, dando lugar a una original, innovadora y muy vigente comprensión del sentido de la ética y de la forma de pensarla. Y esto es porque, Kierkegaard y Deleuze configuran una idea del yo que no es identidad, sino que es en sí devenir relacional y por tanto,

por lo que el sí mismo o *selfhood*<sup>2</sup> es siempre una relación de sí y en el mismo momento con otro, o una relación con otro que me provee con un modo de autorelación específico, como dirá Kierkegaard en *La enfermedad mortal* el yo es *Kata dynamis* o pura potencialidad.

El primer capítulo *Kant y la herencia del Romanticismo* (*Kant and the inheritance of Romanticism*), Jampol-Petzinger establece la base desde la cual tanto Deleuze como Kierkegaard están planteando el problema del yo, pues heredan de Kant y las críticas románticas la noción de una subjetividad disuelta y la imposibilidad del auto-conocimiento de su propia naturaleza, lo cual prepara la comprensión e importancia de la categoría de repetición que trata en el segundo capítulo *La fe y la repetición en Kierkegaard y Deleuze* (*Faith and Repetition in Kierkegaard and Deleuze*), y que a pesar de la tradición de interpretar la repetición kierkegaardiana de forma negativa o no suficiente en Deleuze, Jampol-Petzinger se da a la tarea de mostrar que es una mala interpretación, porque conforme avanzan las obras deleuzianas su mirada se va volviendo cada vez más apreciativa del modo kierkegaardiano, porque es la única forma en que el yo se puede comprender en las condiciones de su disolución y en el ámbito de su devenir; esto es, por medio del acto de fe o de la creencia en este mundo como dice Deleuze, ya que es el movimiento por el cual la singularidad o el modo singular de ser sí mismo se afirma

---

<sup>2</sup> El término *Selfhood* usado en el texto no tiene una traducción literal al español. Se suele traducir por yoidad, mismidad, individualidad, singularidad o personalidad y en algunos casos como en el texto de John Crosby *La interioridad de la Persona Humana: Hacia una antropología personalista* (*The Selfhood of the Human Person, Encuentro: Madrid, 2007*) como interioridad. Lo cual es problemático al relacionar a Deleuze y Kierkegaard, porque si bien Kierkegaard no utiliza este término en danés en especial, podrían ser muy válidos en su pensamiento el de interioridad o singularidad, inclusive personalidad, aunque este último suele tener connotaciones más psicológicas. Y en relación con Deleuze se suele usar mismidad o singularidad, pero individualidad, interioridad o personalidad pueden ser problemáticos en el conjunto de su obra. Por lo que a partir de la analogía entre *mother* y *motherhood*, donde maternidad sería la propiedad cualitativa y dinámica de ejercer la maternidad y por lo cual se califica la persona de ser madre, podríamos hacer la misma analogía entre *self* y *selfhood*, donde *selfhood* sería esa cualificación dinámica por la cual la persona se califica como un yo, y que es el sentido en el que es usado en el texto de Jampol-Petzinger, por lo que nos ha parecido más adecuado traducirlo como *sí mismo*. Porque, por un lado, como dirá Kierkegaard en *O lo uno o lo otro*, el sí mismo es lo más abstracto y lo más concreto: es la libertad. Es la propiedad adquirida cualitativamente que me hace ser ese yo singular en el devenir temporal. El *sí mismo* no es ni el yo sustancial, por lo que no comete el equívoco en español de individualidad como individuación, y no se reduce a una cuestión psicológica del término personalidad, sino que hace sentido en la obra de ambos autores a la idea de que tanto en Kierkegaard como en Deleuze la singularidad o la personalidad de cada individuo es una relación reflexiva dinámica y en devenir que configura su unicidad.

liberándose de la identidad que lo calcifica<sup>3</sup>. Es así como el texto de Jampol-Petzinger consolida en el tercer capítulo *Kierkegaard como pensador de una ética inmanente* (*Kierkegaard as a Thinker of Immanent Ethics*) una argumentación muy interesante de como la ética de Kierkegaard, más allá de una visión tradicional como teoría del mandato divino o ética de las virtudes, se comprende mejor como una forma de la ética inmanente del tipo que Deleuze describe en su trabajo sobre Spinoza, lo cual le da al mismo tiempo un contrabalancee humanista al pensamiento Deleuziano para hablar de “sujetos volátiles” y no cayendo en la total aniquilación de la identidad y subjetividad como se le suele interpretar. Lo cual implica que en el centro de la subjetividad se encuentra el concepto de devenir, cambio y duración, que proviene de comprender cómo se armonizan las concepciones de trascendencia en Kierkegaard y de inmanencia en Deleuze, como lo dice Jampol-Petzinger: “Deleuze puede ser leído en términos de una forma distintiva de trascendencia como es entendida a través de un marco kierkegaardiano, justo como Kierkegaard puede ser entendido en términos de la categoría de inmanencia al modo como la entiende Deleuze”<sup>4</sup>. Finalmente, en el quinto capítulo *Fe, creación y el futuro de los sujetos Deleuzianos* (*Faith, Creation and the future of Deleuzian Subjects*) Jampol-Petzinger nos presenta una aplicación de esta concepción kierkegaardiana-deleuziana del yo a líneas futuras de investigación en relación a tópicos políticos. Donde el concepto de creencia en Deleuze es el instrumento por el cual se puede pensar con una noción kierkegaardiana-deleuziana del sí mismo donde haya una mayor experiencia y presencia de la identidad colectiva en la experiencia individual, porque establece relaciones siempre abiertas y creativas, dando nociones de identidad diferentes a lo privado y a lo individualista, por medio de un contacto inmediato y directo con la posibilidad de creación de nuevos mundos y maneras de ser; que a su vez renuevan la libertad existencial de Kierkegaard como una novedosa forma de aproximación a la filosofía política.

De este modo Andrew Jampol-Petzinger nos deja un camino abierto para generar sin prejuicios ni preconcepciones identitarias una forma novedosa y humanista de comprender las relaciones de la persona como subjetividad con el mundo y los otros que no caiga en las prácticas actuales de violencia, cancelación o narcisismo delirante.

<sup>3</sup> Jampol-Petzinger, *Deleuze, Kierkegaard and the Ethics of Selfhood*, p. 71.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 77.